

## Editorial

# Modelo neoliberal: cultura del simulacro y negación del bien común

**Mario Torres Jofré**

*Arquitecto, Universidad de Chile; DEA en Urbanística y Ordenación del Territorio, Universidad Politécnica de Madrid  
Email: mtorresjofre@gmail.com*

El continente americano es rico en recursos naturales y materias primas, como también en altas tasas de pobreza, desigualdad y segregación. Concentra un alto porcentaje de su población en ciudades, más del 70% vive en zonas urbanas. Por lo anterior, no sólo son importantes los cambios en los paradigmas de las políticas sociales, sino también en los referidos a la producción y construcción del espacio y del lugar; ya que es aquí donde profesionales, académicos e investigadores: planificadores, urbanistas, economistas, geógrafos, sociólogos y diseñadores, entre otros, tienen una significativa participación.

Esta reflexión tiene por propósito posibilitar la construcción de una sociedad más humana, basada en el reconocimiento de la dignidad de la persona y que la ciudad contemporánea es un lugar donde los diversos mundos se encuentran. Es una invitación para dar importancia al discurso ético y al mismo tiempo poner los esfuerzos en avanzar en la praxis ética a partir de los campos disciplinares de cada uno. Se trata de un avanzar hacia la construcción de una sociedad basada en el humanismo integral y solidario.

El modelo de la sociedad neoliberal, que ha permeado la sociedad urbana actual, ha instaurado la cultura del simulacro y a ello contribuyen notable-

mente, día a día, los medios de comunicación social. Se insiste en que las sociedades unánimes y uniformes sólo pueden caber en mentes nostálgicas o en proyectos disparadamente utópicos. Esta cultura nos ha entregado una diversidad de mundos que la vida social exige y que obliga a vivir a modo de 'compartimentos'. Esta exigencia divide a las personas entre sí a través de profesiones, especialidades, roles y costumbres, que acaban con resquebrajar la unidad interior de la persona. Cada una vive dividida internamente en función de los roles sociales que desempeña, abriendo un surco entre lo que se piensa y lo que se dice, lo que se sabe y lo que se actúa. De hecho, se puede ser un ejecutivo agresivo y competitivo en la empresa, a la vez que un cónyuge manso como cordero con la esposa e hijos. Cada uno espera que el otro responda fielmente al papel que debe desempeñar en cada situación y según un talante prefijado (Coelho Pires, 1992). Incluso la propia exaltación del 'yo' que se promueve, se va difuminando y sustituyendo por el 'rol'. La vida humana queda así fragmentada y se pierde la visión de totalidad o unidad fundamental. Los seres humanos acabamos por diluirnos en funciones y tareas que tratan de buscar inútilmente la unidad perdida. Es uno de los precios a pagar por la cultura del simulacro en una socie-

dad neoliberal, que convierte la vida humana en una cuestión epidérmica, evasiva y frustrante. Una sociedad que considera al éxito personal, individual, junto al conjunto de bienes privados que se puedan poseer como su mejor indicador y que olvidó que el éxito es fruto de la colaboración mutua, de la disposición al diálogo, de la comprensión del otro en toda su integralidad, de la capacidad de hacer y aceptar la crítica, de reconocer las debilidades propias y las fortalezas de los otros. De aceptar que mi 'yo' sólo puedo reconocerse en cada uno de los 'tu' que me rodean. "Una sociedad que, en todos sus niveles, quiere positivamente estar al servicio del ser humano es aquella que se propone como meta prioritaria el bien común, en cuanto bien de todos los hombres y de todo el hombre. La persona no puede encontrar realización sólo en sí misma, es decir, prescindir de su ser 'con' y 'para' los demás" (Pontificio Consejo Justicia y Paz, 2005:90). Los bienes privados siempre han de estar subordinados a un bien superior y ese no es otro que el bien común.

El modelo neoliberal sistemáticamente viene negando la existencia del otro. Sin ir muy lejos, el centro de estudios Libertad y Desarrollo, efectúa un análisis a la crisis europea, indicando que Grecia y los demás países de la zona euro se encuentran atrapados por el 'espiral de la muerte' del Estado de Bienestar. De lo anterior extraen conclusiones para Chile, abogando para que se modere el nivel del gasto social sometido a fuertes presiones que buscan incrementar las prestaciones AUGE o GES<sup>1</sup>, las pensiones, la educación, entre otras. Finalizan expresando: "Debemos ser capaces de equilibrar la protección de los más necesitados, con la exigencia de deberes a los mismos en el sentido de lograr un compromiso para que sean ellos al final los propios agentes del cambio en su bienestar futuro. Es decir, generar una verdadera conciencia de 'sociedad de oportunidades' con responsabilidades, pero también con deberes.

Es decir, pasar del Estado de Bienestar a una sociedad del emprendimiento" (2010:6).

El modelo neoliberal y la cultura del simulacro ha invadido las sociedades con indicadores que sólo dan cuenta de las actividades laboriosas –en palabras de Mumford– es decir, de las actividades productivas de cada día, de hombres e instituciones. Ellos –los indicadores–, no dan cuenta de las actividades simbólicas que dan sentido a la existencia, como por ejemplo, la realización personal y la vocación, que no es para sí mismo, sino para los otros. En este contexto, el conjunto de agentes moralizadores de la sociedad: la familia, el Estado, la escuela, la Iglesia, las instituciones sociales y económicas (sindicatos, colegios profesionales, empresas, etcétera) se encuentran en profunda crisis. Las universidades no escapan a ello. La Universidad ha dejado de ser una de las entidades morales de la sociedad y se ha transformado en una máquina de la ciencia y de la técnica. El modelo fordista de producción se instaló en ella y la mueve un conjunto de indicadores, detrás de los que se esconde la ilusión de alcanzar los sitios de honor. Se olvida que los indicadores no son capaces de medir adecuadamente el real valor de una casa de estudios superiores, pues ello no se encuentra en la cantidad de revistas, artículos, investigaciones, patentes y otros tantos indicadores de desempeño, el real valor se encuentra en la comunidad universitaria, en el conjunto de quienes integran esa comunidad.

No hay que cegarse con los indicadores, pues estos no miden el real valor de cada persona. Lewis Mumford señalaba:

Hay valiosas razones para creer que el cerebro del hombre fue desde el principio mucho más importante que sus manos, y que su tamaño no puede haberse derivado exclusivamente de la fabricación y el uso de herramientas; que los ritos, el lenguaje y la organización social, que no dejaron huellas materiales, pero que están permanentemente presentes

1 Corresponden a beneficios que están garantizadas por ley a personas afiliadas al sistema de salud, ya sea público o privado, en Chile.

en todas las culturas, fueron, con toda probabilidad, los más importantes artefactos del hombre desde sus primeras etapas en adelante; y que incluso para dominar a la naturaleza o modificar su entorno, la principal preocupación del hombre primitivo fue utilizar su sistema nervioso, intensamente activo y superdesarrollado, dando así forma a un yo humano que cada día se alejaba más de su antiguo yo animal, mediante la elaboración de símbolos, las únicas herramientas que podía construir utilizando los recursos que le proporcionaba su cuerpo: sueños, imágenes y sonidos (2010:27-28).

En este contexto por ejemplo, el modelo neoliberal en Chile ha fundamentado la crisis del planeamiento urbanístico –y para que señalar la del ordenamiento territorial (ausente)–, a la existencia de una planificación que se caracteriza por ser de carácter normativo y de zonas, sectorialista, normativa, obedeciendo a una visión preconcebida y orientada a la oferta de suelo y de actividades. Frente a esas características negativas se ofrece una planificación urbana que se orienta por poseer un carácter evaluativo, es decir, estaría sustentada en procesos de evaluación multisectorial, estratégica y orientada a la gestión; con una visión adaptable a los cambios y a las tendencias del mercado, es decir, una planificación urbana que permita fácilmente obtener indicadores cuantitativos de acciones. El Estado vuelve a renunciar a su función privativa sobre el proceso de planificación urbana, y tal renuncia implica dejar de velar por el bien común, aquel bien superior que es individual y colectivo a la vez. Resulta difícil establecer indicadores que permitan referir la materialización del bien común. La planificación orientada a la demanda no es otra cosa que volver a indicar al mercado como quien mejor resuelve los problemas al interior de la ciudad, por lo tanto, será el buen negocio inmobiliario sobre el territorio y sus tendencias lo que marque la construcción de las ciudades del país, es decir, el monto de la inversión será el indicador, independientemente de los efectos negativos que ella genere.

¿Acaso aún no hay suficiente literatura –tanto a nivel nacional como internacional– que nos recuerde que la planificación del desarrollo es esencialmente ética? ¿De qué forma se vela por la igualdad de oportunidades para acceder a los beneficios del progreso económico y social? Se pretende convencer a los ciudadanos que el sector privado actúa racionalmente y que el sector público, por esencia, actúa irracionalmente. Existe algún ser humano que no pretenda maximizar sus beneficios, todos, cual más cual menos, buscan maximizar sus ganancias y ello es racional. Sin embargo, es necesario que exista un ente capaz de eliminar la *ley de la selva* que ello genera, el llamado a cumplir esa tarea es el Estado y su actuar no debe basarse en tendencias, sino en la primacía de la consecución del bien común que busca la materialización del humanismo integral y solidario. Según Maritain “el drama de las modernas democracias está en haber ido a ciegas en busca de algo excelente, como es la ciudad de la persona, y haber levantado en su lugar, erróneamente, la ciudad del individuo, que conduce por naturaleza, a espantosas liquidaciones” (1968:111).

Desde los albores de la humanidad el ser humano busca la felicidad y en ese camino ha planteado diversas utopías a lo largo de su historia. Va en búsqueda de la ciudad ideal porque frente a lo inevitable de la muerte pretende la trascendencia e imaginar una mejor vida, que se logra con el espíritu. La ciudad fue, es y seguirá siendo el acontecimiento cultural más importante de la humanidad: la ciudad ideal de Platón, aquella que sostiene el bien, o la ciudad de Dios de San Agustín, donde la ciudad terrena debe ser la prefiguración de la ciudad celeste; ambas ponen sus fundamentos en la vida moral, donde el concepto de bien prevalece.

Se precisa ir más allá de la visión exclusivamente técnica y cuantitativa sobre necesidades, se debe incluir la visión cualitativa y la dimensión antropo-

lógica para una adecuada propuesta del quehacer urbanístico. Considerar exclusivamente la actividad económica como fundante del proceso de desarrollo urbano significa reducir el verdadero valor de la ciudad.

El Estado no puede renunciar a la función privativa de planificar el futuro de la ciudad y del territorio, porque en la ciudad y en el territorio existen distorsiones entre beneficios privados y beneficios sociales, y ellos deben ser corregidos en pos de la consecución del bien común. El mercado es incapaz de dar respuesta a las distorsiones económicas que acontecen en el territorio. La rentabilidad privada no es sinónimo de rentabilidad social. El Estado debe comparar los costos y los beneficios sociales involucrados en cada acción; es decir, debe determinar el efecto que tendrá la acción sobre el bienestar general de la sociedad.

Los mecanismos de la economía de mercado tienen una capacidad única para señalar las demandas de los distintos bienes y servicios por parte de los consumidores. Éstos, al estar dispuestos a pagar unos precios más altos o más bajos por determinados bienes, expresan su respuesta colectiva a las cuestiones sobre qué hay que producir. Sin embargo, los mecanismos de mercado no son eficientes para determinar lo que debe producirse cuando se trata de bienes con los cuales no sólo se benefician los que compran; este es el caso de los bienes presentes en la ciudad y, en especial, los bienes públicos. Hasta el momento el mercado no ha sido capaz de proveer los necesarios bienes públicos ni la adecuada equidad en el acceso a los bienes y servicios urbanos para mejorar la calidad de vida de todos los habitantes de la ciudad.

El planeamiento urbano y las políticas públicas sobre la materia siguen en deuda con los objetivos de equidad social, eliminación de la segregación residencial y social, acceso a los bienes y servicios, acceso al empleo, entre muchos otros derechos de

los ciudadanos. En las actuales políticas urbanas sólo existe en un discurso colmado de buenas intenciones, la praxis es distinta. Nuestro planeamiento urbano no pretende generar ni reclamar una ciudad para los ciudadanos, una ciudad para las personas. Es obligatorio entregar a los conjuntos de vivienda social las dotaciones necesarias para que esas personas puedan recuperar su dignidad y desarrollar sus capacidades humanas.

La inequidad en el acceso a los bienes y servicios urbanos es una deuda con los habitantes más pobres y se da con el actual modelo económico imperante del que deriva el sistema de planeamiento urbano. Las características de nuestro sistema de planeamiento urbano favorecen la concentración de dotaciones y de equipamientos en las áreas de la ciudad que albergan a la población con mayor capacidad de gasto. Lo anterior, debido a su nivel de ingreso y también las mayores redes viarias que favorecen el desplazamiento de los vehículos privados, ya que se ha apostado a alejar los centros de producción e industriales de las zonas residenciales. Todo esto sobre la base de que el éxito de la política urbana se mide exclusivamente en los aportes que ésta realiza al producto y en su contribución a los equilibrios macroeconómicos.

Quienes gestan la política urbana sólo escuchan a los emprendedores inmobiliarios y carecen de oídos para las necesidades de los habitantes de la ciudad, más aún, cuando éstos son los que se ubican en el quintil más bajo de ingresos. Ante cualquier intento de socializar los éxitos económicos que genera la ciudad, aparecen las voces que amenazan la estabilidad del sistema. La ciudad no puede ser observada como territorio en pugna constante entre el interés público y el interés privado. Para conseguir evitar esta pugna o disminuir su impacto, estos intereses deben ordenarse a un fin primario, a un fin debidamente planificado; para ello, será imprescindible definir metas y objetivos evaluados y jerarquizados,

buscando la máxima eficiencia y eficacia con primacía del bien común.

Mientras las ganancias de unos pocos crecen exponencialmente, las de la mayoría se quedan cada vez más lejos del bienestar de esa minoría feliz. Este desequilibrio proviene de ideologías que defienden la autonomía absoluta de los mercados y la especulación financiera. De ahí que nieguen el derecho de control de los Estados, encargados de velar por el bien común. Se instaura una nueva tiranía invisible, a veces virtual, que impone, de forma unilateral e implacable, sus leyes y sus reglas. Además, la deuda y sus intereses alejan a los países de las posibilidades viables de su economía y a los ciudadanos de su poder adquisitivo real. A todo ello se añade una corrupción ramificada y una evasión fiscal egoísta, que han asumido dimensiones mundiales. El afán de poder y de tener no conoce límites. En este sistema, que tiende a fagocitarlo todo en orden a acrecentar beneficios, cualquier cosa que sea frágil, como el medio ambiente, queda indefensa ante los intereses del mercado divinizado, convertidos en regla absoluta (Francisco, 2013:47–48).

Las nuevas formas de valoración del desarrollo urbano, esencialmente económicas, incentivan la eliminación de la planificación de los centros urbanos, con el propósito de que el hombre se encierre y se envuelva en una vorágine de actividad para alcanzar el conjunto de bienes que el mercado le ofrece, alienándolo e impidiéndole valorar su propia dignidad. Los centros urbanos, nuestras ciudades, deberían ayudar al hombre a pasar de situaciones menos humanas a situaciones más humanas, sin embargo hoy son una quimera.

En línea con el párrafo precedente en el primer artículo de este número, la Dra. Rebeca Silva, Francisco Muñoz y Hugo Delanoë, invitan a mirar la ciudad con el centro en las personas y proponen considerar la realidad y actividades de ellas para adaptar los espacios y resolver problemáticas urbanas relevantes, como son los espacios públicos poco inclusivos, el estrés urbano y la baja calidad de vida para gran par-

te de los habitantes de las ciudades, por medio de una estructura modélica denominada Ergociudad. La propuesta que une a las disciplinas de la ergonomía y el diseño urbano, se ocupa por crear un espacio relacional entre personas, objetos y entorno, que considere la multidimensionalidad de factores (físicos, ambientales, mentales y organizacionales) que inciden en la vida diaria de las personas en sus actividades y prácticas cotidianas. El esfuerzo se centra en la consecución de una ciudad más inclusiva y con mejores estándares de calidad de vida y salud pública desde el reconocimiento de la diversidad de las personas.

De una propuesta pensada en la totalidad de las personas que habitan la ciudad, con sus similitudes y diferencias, el segundo artículo pone su acento en la producción teórica de un conjunto acotado de individuos. Luis Santana presenta la cartografía conceptual de investigadores contemporáneos existentes en el espacio académico que versan sobre geografías humanas, clasificadas con los prefijos 'post' y 'neo', las cuales no dejan de ofrecer la constante tensión entre idealismo y materialismo. No deja de llamar la atención, cuando concluye que las visiones 'post' han impregnado la geografía humana de un tinte nihilista, en especial, si tal corriente filosófica niega toda posibilidad de conocimiento, la existencia y valor de todas las cosas, pues se esperaría que en una sociedad neoliberal los individuos busquen atesorar muchas cosas, solo por el afán de poseer, dado que allí radica la clave del éxito. Sin embargo, la producción académica debe atesorarse en su justa medida y, en especial, en su contribución para la consecución del bien común, con el propósito de hacer fecundo los muchos años de trabajo, dando luces para enmendar los caminos, fortaleza del artículo en comentario.

Existe un conjunto de 'palabras-ídolos', el cual responde en parte a la verdad de un fenómeno y de un proceso; pero es también un arma que esgrimen

algunos para mantener o prolongar situaciones injustas (Serrano, 2000); son palabras que utilizamos corrientemente, términos cuyo uso se transforma en una moda y que la mayoría de las veces no sabemos su verdadero significado o implicancia. Con ello, estos emblemas pasan a constituirse en los responsables de muchas, por no decir de la mayoría, de los efectos positivos y negativos que vive la sociedad actual. Félix Rojo presenta una de aquellas palabras que tiene las cualidades descritas: gentrificación. El autor presenta los resultados obtenidos al revisar el sustento conceptual y la forma de aplicación de esta noción, lo que posibilita –por tanto– una mejor comprensión de la gentrificación, encontrando dos paradigmas que la fundamentan: materialismo y constructivismo. Concluye con una propuesta metodológica para aquellos académicos e investigadores que busquen una mayor comprensión sobre los procesos que sufren muchas de nuestras ciudades y, en especial, sus cascos históricos.

Otra de las palabras-ídolos de fines de la década de los '80 del siglo XX hasta el día de hoy es 'globalización'. El Premio Nobel de Economía R. M. Solow, frente a la pregunta qué era para él la globalización, contestó: "¡Ah, sí, la globalización! Es una maravillosa excusa para muchas cosas" (Serrano, 2000). Para algunos la globalización es la excusa de algunos pensadores, hombres de negocios o políticos para volver a situaciones de capitalismo feroz, en una época en que la mayoría de los países occidentales, y especialmente Europa, han alcanzado cotas de justicia con el Estado de Bienestar (Serrano, 2000). Otros se preguntan sobre ¿qué hay de global en la globalización?, en especial cuando lo global no puede interpretarse como fenómeno universal, sino más bien, el concepto de globalización sería un sinónimo de occidentalización o americanización (Held y McGrew, 2003).

En el cuarto artículo de este número, la palabra-ídolo globalización es escrutada desde los cambios ex-

perimentados por las ciudades. Marcelo Rodríguez-Mancilla, su autor, se ocupa de ésta en relación a la producción de una tendencia a la homogenización urbana. Varios autores establecen que la homogenización genera procesos y actores políticos y económicos comunes en todos los países y ciudades. Según Rodríguez-Mancilla su investigación busca construir un marco de análisis para discutir la homogenización urbana, a partir de: a) las respuestas que se han dado, desde el pensamiento social y urbano en América Latina; y, b) la emergencia del debate sobre colonialidad del poder y del saber, y su relación con la idea de construir teorías urbanas propias desde el sur. El trabajo se sustenta en la revisión de literatura que relaciona estudios urbano-regionales con el programa de investigación modernidad/colonialidad y a partir de ello presenta los principales argumentos teóricos, epistémicos e históricos, que permiten desestabilizar la hipótesis dominante, identificando, desde una perspectiva histórica de larga duración, los principales mecanismos de dominación material-simbólica.

A continuación, Josemanuel Luna discute sobre las nuevas interpretaciones de los procesos de urbanización, fundado en una crítica a la lectura demográfica de Luis Unikel (quien fuera Director del Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales de México) y las diversas interpretaciones que de ésta han derivado sobre lo urbano. Así, el autor desarrolla desde la Crítica de la Economía Política un análisis de la producción del espacio urbano a fin de abordar la refuncionalización de la ciudad en el modo de producción capitalista y en relación a la dinámica y evolución propia del espacio rural, que daría como resultado un espacio urbano con valor de uso negativo producto del capital y con impronta de insustentabilidad socioambiental, dada la lógica de acumulación de capital en el modelo neoliberal y los ciclos de reproducción de la naturaleza. En este trabajo los conceptos de división social del trabajo,

desarrollo de fuerzas productivas, técnicas comunicacionales y de transporte y, acumulación de capital, son el centro que da cuenta de los fenómenos de sometimiento formal y real de lo rural por lo urbano.

Alán Rodríguez y Cordelia Freeman situarán al lector en el Norte de Chile, específicamente en la XV Región de Arica y Parinacota. Esta locación tiene por fundamento una investigación de carácter exploratorio con uso de metodología semi-cualitativa sobre los imaginarios geográficos de niños y jóvenes de establecimientos educacionales públicos en un espacio de tres fronteras (Perú, Bolivia y Chile). La investigación usa el mapa mental como método de obtención de información y comprende la frontera como construcción social y experiencial. A nivel de resultados los mapas mentales dan cuenta de la existencia de una frontera-barrera y de las conversaciones con los informantes se obtiene la existencia de una frontera-porosa, lo cual les permitiría concluir la existencia de una frontera dinámica.

He señalado que el modelo neoliberal y sus indicadores buscan homogeneizar e invisibilizar las diferencias. Catalina Carvajal nos ofrece el resultado de la aplicación de una metodología de carácter universal, cuya lógica –precisamente– impide ver el valor que ostentan ciertas culturas locales e impedir el acceso a las oportunidades del mundo global. La autora se sitúa en las comunas de Pichidegua, Larmahue

y Litueche (VI Región del Libertador Bernardo O'Higgins, Chile) con el propósito de determinar la influencia que tiene la aplicación la metodología de CIRCA-TUR-OEA, cuya finalidad es jerarquizar y evaluar los atractivos turísticos, para comprender la relevancia y relación existente con los preceptos del ecoturismo. Los resultados de la investigación (extrapolables a otras realidades de países en vías de desarrollo o subdesarrollados), hace palpable el círculo vicioso que se presenta, pues las variables a utilizar son ambiciosas y referidas a estándares internacionales no aplicables a ciertas realidades territoriales, impidiendo el desarrollo turístico de las comunidades locales, especialmente, rurales y económicamente deprimidas.

A modo de conclusión, baste la siguiente cita:

El bien común es un deber de todos los miembros de la sociedad: ninguno está exento de colaborar, según las propias capacidades, en su consecución y desarrollo. El bien común exige ser servido plenamente, no según visiones reductivas subordinadas a las ventajas que cada uno puede obtener, sino en base a una lógica que asume en toda su amplitud la correlativa responsabilidad. El bien común corresponde a las inclinaciones más elevadas del hombre, pero es un bien arduo de alcanzar, porque exige la capacidad y la búsqueda constante del bien de los demás como si fuese el bien propio (Pontificio Consejo Justicia y Paz, 2005:91–92).

## Bibliografía

- Coelho Pires, José Luís (1992). *Nuestro Tiempo y su Esperanza. El Mensaje Cristiano en el Laberinto de la Cultura Actual*. Editorial Sociedad de Educación Atenas, Colección Biblioteca Básica del Creyente; Madrid, España.
- Francisco, S. S. (2013). *Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium. Sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual*. Conferencia Episcopal de Chile y Pontificia Universidad Católica de Chile; Ediciones UC; Santiago, Chile.
- Held, David y Anthony McGrew (2003) *Globalización / Antiglobalización. Sobre la Reconstrucción del Orden Mundial*. Colección Paidós. Estado y Sociedad 109, Ediciones Paidós Ibérica S. A.; Barcelona, España.
- Libertad y Desarrollo (2010). *De un Estado de Bienestar a una Sociedad de Emprendimiento*. En: *Temas Públicos* N° 968, <http://www.lyd.org/lyd/biblio/TP-968-De%20un%20Estado%20de%20Bienestar%20a%20una%20sociedad%20del%20emprendimiento-04-06-2010.pdf>

Maritain, Jacques (1981). La persona y el Bien Común. Club de Lectores; Buenos Aires, Argentina.

Mumford, Lewis (2010). El Mito de la Máquina. Técnica y Evolución Humana. Primera edición, Pepitas de Calabaza Ediciones; La Rioja, España.

Pontificio Consejo Justicia y Paz (2005). Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia. Librería Editrice Vaticana; Ciudad del Vaticano.

Serrano, Josep F. (2000). La Globalización. Cuadernos Cristianisme i Justicia N° 103; Fundación Luis Espinal; Barcelona, España.